

asienta, logra por todas partes seducir á las almas, robándole sus hijos á la cruz. Los esfuerzos que se hacian para contener el mal parecian impotentes; y la cruz hubiera sucumbido á los golpes que recibiera, si Dios no hubiera venido al socorro de su obra. Pero entonces los sucesores de los apóstoles se acordaron que Jesus les habia asegurado estar con ellos hasta la consumacion de los siglos; y San Pedro parece levantarse de nuevo á fin de que los gentiles oyesen de su misma boca la palabra del Evangelio para que creyesen en ella. Nicea tuvo la felicidad de recibir dentro de sus murallas á los obispos de todas partes del imperio, y vióse entonces por la primera vez una asamblea augusta, un consejo venerable, donde se iba á tratar no solo de los intereses materiales, sino de los eternos; consejo en el que se iba á discutir y á fijar irrevocablemente la causa de la verdad divina; noble senado, compuesto no solo de reyes sino de santos, revestidos con un carácter sagrado; de héroes intrépidos, de los cuales, muchos llevaban aún sobre sus rostros las gloriosas cicatrices de las heridas que habian recibido en los rudos combates contra la fuerza material, y que se encontraban nuevamente reunidos para hacer frente y aniquilar á su indomable auxiliar, la fuerza intelectual. Así fué que por ese órgano escogido, se hizo oír la voz de Dios; y la fé fué reducida á una fórmula exacta, bajo un nuevo símbolo; y entonces levantándose la Iglesia como un faro resplandeciente colocado sobre el monte santo, arrojó á la impura herejía de su seno, y la envió lejos de ella á destrozarse con sus mismas divisiones, despues de haberla marcado la frente con el sello del anatema.

Quebrantado el orgullo de la herejía, se agita, y para insultar los rayos apostólicos, pretendió entronizar á su gefe sobre el sólio episcopal de Constantinopla. Entonces conmovido de dolor el santo obispo de aquella ciudad exclamó: "Señor: quitadme la vida, antes de que vea á Arrio pisando vuestro santo templo." El Señor oyó la oracion del santo

obispo, y á la madrugada del dia en que se iba á consumar el sacrilegio murió Arrio en un lugar afrentoso, con una muerte horrible.

Lejos de intimidarse la herejía con ese terrible ejemplo, se enfureció mas y se encarnizó en proseguir sus criminales designios, sin retroceder ante los ultrajes, las violencias, las confiscaciones, los destierros, la intrusion y derramamiento de sangre, que causaba. "Por mi voluntad se verifica este concilio," decia el hereje emperador Constancio á los obispos á quienes queria compeler á que firmasen el destierro de Atanasio, el mas intrépido y temible antagonista de Arrio. "Señor, respondieron aquellos prelados animados de un noble valor y firmeza; señor, no es vuestro el imperio sino de Dios: temed sus juicios, y no confundais la Iglesia con el Estado." Irritado el emperador con esa inesperada resistencia y con ese inusitado lenguaje, condenó á todos los obispos al destierro, dejando sus sillas en poder de los intrusos, persiguió á los fieles, congregó conciliábulos, fraguó subterfugios y lo trastornó todo para hacer triunfar la herejía. Atanasio, Hilario de Poitiers, Martin de Tours, resistieron el choque, y no obstante la persecucion, pusieron en evidencia la disolucion de la herejía, ocasionada por su propio príncipe. Hilario de Poitiers escribió la primera página de la historia de las variaciones cuando dijo al emperador: "Verificado el santo concilio de Nicea, aquellos á quienes dispensais vuestro favor, no hacen mas que componer símbolos: su fé no es la del Evangelio, sino conjeturas humanas; fé tan vária como la voluntad, y doctrina tan mudable como las costumbres. Año por año, y aun mes por mes producen nuevos símbolos; y ora destruyen lo que antes habian edificado, ora anatematizan lo que antes habian sostenido: hablan de la Santa Escritura y de la fé apostólica con el fin de engañar á los débiles y socavar la doctrina de la Iglesia." A su vez y á su manera el pueblo católico tambien protestó contra la violencia y la division; y cuando Constancio tuvo la impiedad de proponer al anti-



papa Félix, la muchedumbre exclamó á una voz: "*Un Dios, un Cristo y un pontífice.*"<sup>1</sup>

Sin embargo, la filosofía idólatra no habia muerto, y arrojando su máscara hipócrita, confiando al favor de las turbaciones, espera que recobrará su trono. Juliano, digno sucesor de Constancio, recibió el moribundo imperio, que anhelaba por desembarazarse de las penas de la agonía; y como nada tiene vida fuera del cristianismo, el nuevo emperador pretendió volverle á la vida inspirándole el espíritu cristiano. ¡Remedio tardío; inútil restauracion! el tiempo habia pasado. Muchas luces habia arrojado la cruz sobre el mundo; y en el tiempo á que nos vamos refiriendo, florecian los Gregorios de Nisa, los Basilio, los Crisóstomos, los Agustines, y otra multitud de doctores, notables por su entendimiento y sabiduría. Así fué que cuando Juliano presentó á las adoraciones humanas el fantasma ridículo que pretendiera arrancar á las tinieblas del sepulcro, fué recibido por inmensas rechiflas, y aquellas reliquias paganas fueron objeto de los escarnios del pueblo. Los soldados franceses y alemanes no desdeñaban las libaciones del vino y las carnes de las hecatombes; pero esto no impedía el que lamentándose los pueblos dijese, que una victoria de Juliano sobre los persas causaria la destruccion de la raza de los toros. Por un corto momento el mismo San Juan Crisóstomo sintió que su gravedad le abandonaba, y dijo á sus oidores de Antioquía: ¡Bello espectáculo, por cierto, es ver al emperador de los romanos encender la hoguera, degollar las víctimas, consultar sus entrañas, y con los carrillos abotagados, soplar el fuego de los altares en presencia de algunas viejas, escitando con esto la risa de los mismos de quienes deseaba ser admirado!"

La filosofía idólatra conoció que no podria sostener por mas tiempo un papel tan ridículo, y tomando un partido desesperado, se abandona en los brazos de la fuerza material. Juliano que habia tomado cierto aire de tolerante, demostró

<sup>1</sup> Théod., 1, 2.

bien pronto, el verdadero carácter de la tolerancia filosófica; y como él habia aprendido del Evangelio que los perseguidores mas temibles no son los que matan el cuerpo, sino los que causan la muerte del espíritu, no dudó en convertirse él mismo en verdugo de las almas. Prohibió, en consecuencia, á los fieles enseñar las bellas letras: "¿Vosotros creéis, les decia en su edicto, que Homero, Hesiodo y sus semejantes están en el error? Pues si no aprobais sus sentimientos, contentaos con solo explicar á Mateo y á Lúcas en las iglesias de los galileos."<sup>1</sup>

Los genios sublimes que combatian en aquella época por la cruz demostraron, que algun dia el paganismo seria vencido en su arte, como lo habia sido en su ciencia; pero á pesar de todo, el golpe recibido les fué muy doloroso, y antes hubieran querido derramar su sangre, que ver á los jóvenes cristianos desterrados de las regiones de lo bello y destinados á ser ilotas en la inteligencia. Una vez puestos los piés en la vía de la persecucion, por nada retrocede el emperador. No contento con hacerse apóstata, escluye á los cristianos de los empleos del Estado, les priva de los derechos civiles, prohíbeles defenderse ante los tribunales y les despoja de sus bienes; y añadiendo el escarnio á la injusticia les decia: "Vuestra admirable ley os compele á renunciar los bienes de la tierra á fin de llegar fácilmente al reino de los cielos; y nosotros queriendo, graciosamente facilitaros el viaje, ordenamos que os desprendais de todos los bienes." Si los cristianos se atrevian á quejarse, les respondia Juliano: "¿La vocacion de un cristiano no es sufrir?"

Bien pronto el sofista tolerante comenzó á derramar sangre. Márcos, obispo de Arethusa, que siendo niño, habia escapado de los furiosos de Constancio, fué espuesto, desnudo el cuerpo y embarrado con miel, en una camilla á los rayos del sol ardiente, para que fuese atormentado por los innumerables dardos de las moscas. El conde Juliano, tio del empe-

<sup>1</sup> Juliano, epíst. 42.



rador martirizó á San Teodoro; y los paganos de la Siria, sostenidos por la voluntad imperial, se levantaron contra los cristianos, desenterraron los muertos y cometieron atrocidades contra los vivos. "Se arrastran, dicen los historiadores de aquel tiempo, los cuerpos despedazados por las calles: los cocineros pican á las víctimas con los azadores, y las mujeres con sus ruecas: las entrañas de los sacerdotes eran devoradas por aquellos caníbales, ó eran arrojadas á los puercos. Algunos siervos de Cristo fueron degollados sobre los altares de los dioses."<sup>1</sup> A pesar de esto, ese apóstata perseguidor ha encontrado gracia en nuestro siglo, y la elocuencia, la historia y la filosofía, han rivalizado en sus esfuerzos para rehabilitarlo. Pero Dios esperaba al apóstata. Mientras que hinchado de orgullo con los sucesos militares marchaba ardoroso contra los persas, bajo un sistema de persecucion vasto y bien combinado, el retórico Libanio, su favorito, enorgullecido con la prosperidad de su soberano, insultó vilmente á un cristiano de Antioquía con esta frase insolente: "¿Qué hace hoy el hijo del carpintero?"—"Un *ataud*," respondió el cristiano. En aquel mismo momento Juliano, alcanzado y herido por la jabelina de un persa, recibia su sangre en sus manos, y dirigiéndose al cielo, exclamaba: "Me haz vencido, Galileo!"<sup>2</sup>

La fuerza intelectual humana habia librado su defensa á la espada, y conforme á la palabra de Jesucristo, ella debia perecer bajo el filo de la espada. Los cristianos, despues de una lucha tan larga y encarnizada, y sin otras armas que la cruz, triunfantes y en pié, cantaron el himno de la victoria. ¡Cielos y tierra! prestad vuestros oidos al ruido que hace la caída del perseguidor! El Señor aplastó la cabeza del impío. Y tú, oh Juliano, que nos habias prohibido el uso de la palabra, ¿cómo es que yaces en el silencio de la tumba?"<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Zozomeno, l. 5.—Teodoreto, l. 9.—San Gregorio Nacianceno, or. 9.

<sup>2</sup> Zozomeno, *Historia eclesiástica*.

<sup>3</sup> San Gregorio Nacianceno. Or. contra Juliano.

## CAPITULO XXIII.

## Luchas de la Cruz contra la fuerza sensual.

La cruz, empero, hacia frente á la vez á muchos adversarios. En el terrible combate contra las fuerzas intelectual y material, bajo el mismo estandarte y con designios no menos hostiles, se avanzaba la fuerza sensual, á quienes aquellas fuerzas no solo tenian por aliada, sino por activo agente, que las estimulaba, prestándolas todo su concurso. Todos sabemos por esperiencia propia, cuál es el poder de la fuerza de los sentidos y con qué violencia arrastra la voluntad. Los sabios se habian lamentado de sufrir esa terrible influencia; y el mismo San Pablo se quejaba de las escitaciones del aguijon de la carne, de esa ley del mal, que en sus miembros, combatia contra la ley del espíritu. Y si las pasiones carnales, aunque combatidas, ejercen sobre nosotros tan funesto imperio, ¿qué vendrán á ser esas pasiones cuando las naciones y todo se pone de comun acuerdo para exaltarlas; cuando la religion, la filosofía, las artes, las instituciones y el ejemplo las fomentan á porfia? Nada es mas cierto, sin embargo, que tal era la situacion del antiguo mundo. Adorar á un Júpiter adúltero, á un Mercurio ladron, á una Vénus prostituida; adorar todos los vicios, aun los mas infames, bajo los nombres de otros dioses; creer se cumplia con un deber religioso entregándose á los mas abominables escesos de las bacanales, de las lupercales, y de los misterios secretos; ser libre, por otra parte, para escoger entre los sistemas de Epicuro, de Diógenes ó de Pirro; asistir á los monstruosos espectáculos, donde la sangre se mezclaba con la crápula; tener sin cesar delante de los ojos pinturas lascivas y esculturas obscenas; nutrirse los espíritus con doctrinas perversas, y